

## REPLICA AL ARTICULO SOBRE MONTE VERDE DE LAUTARO NUÑEZ Y FRANCISCO MENA: ENTRE LO ESPERADO Y LO IGNORADO

Tom Dillehay<sup>1</sup> y Mario Pino<sup>2</sup>

Hemos escrito este artículo en muchas e interrumpidas etapas, y a pesar del largo tiempo transcurrido desde la publicación de Lautaro Nuñez y Francisco Mena (1997), creemos que es bueno poder expresar nuestras experiencias, ideas y percepciones. De hecho, aunque esta réplica está escrita siguiendo el orden presentado por los autores ya mencionados, además nos da la oportunidad de exponer a la comunidad nacional algo de la historia y evolución, no del sitio Monte Verde en sí, sino del conjunto de situaciones que fueron originando tanto malentendido en torno a nuestra investigación. Ese es el espíritu de este artículo.

1.- Monte Verde representa lo que se espera sea un campamento de hombres tempranos (*e.g.* fogones, restos de cueros, pisadas humanas, restos de carpas, herramientas de piedra, madera quemada) y, por ende, no es inusual en sí. Lo que tiene fuera de lo común es que, debido a las características físico químicas y geológicas del estrato que lo sella, se hayan conservado restos orgánicos que pocas veces pueden ser recuperados. Aún cuando existen registros similares en otras partes del mundo (p.e. Kalamba Falls 200.000 A.P. en Africa y varios sitios pleistocénicos tardíos en Inglaterra), Monte Verde representa el primer registro de este tipo de materiales en zonas húmedas.

2.- La palabra "raro" en español se asocia con facilidad a un sentido de duda, casi peyorativo, generalmente usado para cosas, ideas o personas que escapan en algún aspecto de lo que es mayoritario, y por ende, considerado como normal. Pero Monte Verde no es "raro" porque es justamente lo que esperaríamos para un campamento de cazadores abandonado, y preservado poco tiempo después del abandono. Bajo esta perspectiva, Monte Verde resulta ser un sitio clásico y, a la vez, excepcional por el increíble estado de conservación de los materiales orgánicos.

Dado que los autores del artículo que ahora comentamos reflejan lo que muchos percibieron, esto es, el efecto que en la discusión del sitio tuvieron los prejuicios, rumores, mal entendidos y problemas de relaciones personales, creemos que ha llegado el momento de transcribir algunos detalles acerca del origen de esta situación. En 1979 Junius Bird fue enviado a Monte Verde por National Geographic Society para efectuar una inspección. Pero él nunca vio la excavación arqueológica ni la asociación de los artefactos con los huesos de mastodonte *in situ* (véase el prefacio en DILLEHAY 1989). Tampoco él estudió detalladamente los artefactos que estaban en el laboratorio de arqueología en la Universidad Austral de Chile. Al no ver los perfiles estratigráficos en las excavaciones, jamás comprendió que los estratos por debajo del nivel cultural en el sitio también afloraban en superficie algunas decenas de metros al norte y al sur, formando una terraza que había estado disponible como superficie ocupacional desde hacía 30.000 años y que permanecía así hasta nuestros días (sobre ella caminaron desde la gente de Monte Verde, hasta la actual familia Barría y nuestros estudiantes). De la carta que emitió como informe a NGS se desprende que él había visto las excavaciones, cosa que jamás ocurrió. Tales comentarios fueron la base primaria para la actitud asumida por Tom Lynch (que nunca visitó el sitio ni observó los materiales culturales), y posteriormente la de otros arqueólogos chilenos.

3.- Lo afirmado por Rodolfo Casamiquela en Temuco (XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena), en ausencia de los autores de esta réplica, es producto de que si bien Casamiquela es un especialista en taxonomía de fauna pleistocénica, no tiene una especialización en tafonomía. El nunca participó en las excavaciones del sitio de Monte Verde, sino que revisó en el laboratorio el material excavado hasta 1981. Se distanció del equipo de investigadores y declaró públicamente una posición escéptica, cuando otros investigadores del Intituto Smithsoniano descubrieron en los restos óseos claras marcas de artefactos de piedra, fracturas intencionales, patrones espaciales de distribución y una selección de ciertas piezas de los animales para transportarlos al sitio (SHIPMAN 1997). Los estudios tafonómicos no eran algo nuevo para el

primer autor de esta réplica pues había analizado este tipo de procesos en huesos de bisonte y de mamut en USA. (DILLEHAY 1972). Mas recientemente Donald Grayson, especialista en taxonomía y tafonomía, confirmó la clara evidencia de cierta actividad humana sobre los huesos de mastodontes y de paleolama de Monte Verde (MELTZER *et al.* 1997).

4.- Los autores del artículo que estamos comentando mencionan que Monte Verde parecía en 1981 “una revelación de un acto de fe”. Los sitios de hombre temprano son más que la asociación específica con puntas de proyectil, ya que antes de la recuperación de los tres fragmentos foliáceos bifaciales existía suficiente evidencia cultural (p.e. artefactos de madera, restos de plantas exóticas, fogones, boleadoras, pisada humana) para que cualquier especialista pudiera comprender que se trataba de un sitio de hombre temprano diferente a Clovis.

5.- Jamás en charlas, presentaciones orales en congresos, ni en publicaciones se mencionó actividad chamánica, domesticación de plantas o traslado transandino de presas cazadas. Nunca quienes estaban investigando Monte Verde dieron lugar a estas ideas, con conceptos ambiguos o interpretaciones poco claras. Este rumor no nació desde las riberas del arroyo Chinchihuapi.

6.- El hallazgo de los fragmentos de puntas de proyectil entre 1983 y 1990 no cambió sustancialmente el conocimiento de la cultura de Monte Verde, pues ya existía el conocimiento de tecnología bifacial, ya que en el sitio aparecen lascas y microlascas de retoque de material trabajado bifacialmente (COLLINS 1997). Por otra parte, puntas de proyectil similares existen en el sitio El Jobo (11.000 a 13.00 A.P.), y en aquellos sitios datados entre 11.000 y 14.000 A.P. en Siberia y noroeste de Asia, y antes de 20.000 A.P. en forma de bipuntas. Lamentamos que los autores del artículo aquí comentado den tanta importancia a puntas de proyectil, pero lo entendemos pues es la manera habitual de interrelacionar sitios de diferentes lugares y épocas. Insistimos que Monte Verde representa los restos de una cultura con una enorme gama de actividades de vida, de las cuales las puntas de proyectil representan una más. En este caso la riqueza de los artefactos de madera y hueso opacan la presencia de puntas de proyectil.

7.- No se puede pretender que en ciencia un estudio de 20 años de duración que incluye 7 campañas de terreno sea un camino de una vía, como un hilo, pues cada nueva información recogida en terreno o de laboratorio siempre exigía una actualización. Aún así, no existió jamás incoherencia. A modo de ejemplo al comenzar a excavar observamos patrones cuadrangulares en las bases de la zona de residencia. Al extender y finalizar la excavación después de varios años comprobamos que el patrón rectangular correspondía a las divisiones internas de un gran “toldo” de forma elipsoide. No es justo afirmar que Monte Verde se constituyó en un sitio arqueológico debido a resultados de laboratorio con tecnología de última generación. Simplemente existía tanta evidencia orgánica observada que era necesario aprovecharla al máximo empleando todas las herramientas disponibles. Nadie puede negar, sin embargo, que las bases conceptuales provienen del clásico registro *in situ* de los materiales culturales (p.e. fogones, piso ocupacional, puntas de proyectil, restos de plantas exóticas), íntimamente asociado a una meticulosa excavación ( y de eso son testigos y “víctimas” tantos estudiantes que excavaron en Monte Verde).

8.- Los criterios básicos requeridos para un sitio arqueológico estaban ya claramente establecidos entre 1979 y 1981: a) Múltiples evidencias de presencia humana, tales como la pisada humana, artefactos en madera, bolas y boleadoras, marcas en hueso, fogones; b) La existencia del sello de turba fue un rasgo claro desde la primera excavación del sitio en el verano de 1977, y la estratigrafía general fue perfectamente estudiada y descrita ya en 1979 (Conferencia en el IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena, realizado en la ciudad de Valdivia), y publicada en 1986 (DILLEHAY y PINO 1986); c) Los fechados absolutos de Monte Verde sólo confirmaron la bien conocida cronoestratigrafía de la región, basada en decenas de fechados <sup>14</sup>C efectuados por varios autores pertenecientes a disciplinas no arqueológica o no relacionadas con Monte Verde. Por otra parte todos los fechados radiocarbónicos posteriores efectuados en la zona son concordantes con la estratigrafía y fechados de Monte Verde. (HEUSSER 1990; MERCER 1972; PORTER 1981).

Los autores del comentario presentan cuatro aspectos cuestionables:

1.- “Sobrevaloración cultural de ciertos artefactos”: quienes no están acostumbrados a trabajar con artefactos no bifaciales, o de madera o hueso, pueden por su falta de experiencia dudar de la intervención humana de ciertos materiales culturales. El contexto espacial y la existencia de materiales exóticos en estos artefactos que presentan rasgos culturales menos evidentes los convierte en parte del inventario de Monte Verde. Sin embargo, existe una gran colección de artefactos de piedra, madera o hueso donde no cabe duda alguna de su función cultural. No nos referimos a objetos de origen ambiguo, sino que, por ejemplo, a una lanza de madera con la punta quemada y reparada con junco, a los restos microscópicos de carne de mastodonte que se encuentran en los poros de la punta de otra lanza de madera de luma, la pisada humana, los nudos asociados a estacas, y los fogones.

2.- “Explicación poco convincente del asentamiento en la orilla del arroyo por la cercanía del agua”: En los capítulos 20 y 21 del Tomo II (DILLEHAY 1997a y b) se expresa claramente que los asentamientos en las orillas del arroyo se deberían a que allí existe la única posibilidad de encontrar materiales pétreos en un ambiente de bosque siempreverde como los del sur de Chile. Durante la ocupación del sitio de Monte Verde esta no fue una zona pantanosa, sino que una zona alta con múltiples accesos en todas direcciones a otros microambientes.

3.- “Problemas de registro”: Este comentario está basado en la revisión de fotocopias hechas de la primera prueba de imprenta del Tomo II. Por esta razón muchas de las fotos eran oscuras e ilegibles. Esta crítica no es válida con la calidad de impresión final. Nos preguntamos asimismo qué otro sitio en Chile ha sido sometido a un eventual registro independiente. Esto insinúa desconfianza no en las interpretaciones, sino en nuestros datos y registros de campo.

4.- “Reciclaje de madera antigua”: La edad de 12.500 A.P. del sitio MV-II y la de 33.000 años A.P. del sitio MV-I son concordantes a la perfección con los cientos de fechados  $^{14}\text{C}$  asociados a perfiles geológicos y palinológicos de la zona. No existe en América otro lugar con mayor frecuencia espacial y temporal de fechados radiocarbónicos. El único árbol milenario en esta zona es el alerce, pero en Monte Verde no hemos fechado artefactos contruidos en esta madera. Para ocupar maderas antiguas de un árbol centenario es necesario extraer el centro del tronco, pero la tafonomía de artefactos de madera muestra el uso de ramas extraídas de árboles vivos pues en este clima la madera que cae al suelo se degrada (DIAZ - VAZ *et al.* 1997).

Entendemos que los autores del artículo hayan incluido en la discusión algunos aspectos personales y de relaciones humanas. La situación creada por Thomas Lynch (1990) quien inventó un nivel arcaico en el sitio, afirmando que estaban mezclados con los materiales pleistocénicos, muestra claramente como se pueden desarrollar rumores desde miles de kilómetros de distancia, basados en errores, y en el hecho de no visitar un sitio para conocerlo, revisar sus artefactos, ni leer las publicaciones.

Esperamos que en el futuro la crítica del sitio de Monte Verde esté basada en lo presentado y en lo publicado y no surja como consecuencia de un “acto de fe” proclamado por investigadores que han dedicado toda su carrera profesional y científica en la defensa del paradigma Clovis.

Valdivia y Kentucky, 1 de junio de 2000

## NOTAS

<sup>1</sup> Department of Anthropology, University of Kentucky. 211 Lafferty Hall Lexington, KY, 40506-0024. USA.

<sup>2</sup> Instituto de Geociencias Universidad Austral, Casilla 567. Valdivia.

## REFERENCIAS

- COLLINS, M. B. 1997. The lithics from Monte Verde, a descriptive morphological analysis. En: *Monte Verde: A Late Pleistocene settlement in Chile*, T. Dillehay (Ed.) Vol. 2: 383-504, Smithsonian Institution Press, Washington and London.
- DIAZ-VAZ, J. E; U. SCHMITT, M. RUETZE, T. DILLEHAY, J. BREMER y O. FAIX, 1997. Microscopic and analytical pyrolysis of paleowood from *Nothofagus dombeyi* and *Amomyrtus luma*. En: *Monte Verde: A Late Pleistocene settlement in Chile*, T. Dillehay (Ed.) Vol. 2: 841-850. Smithsonian Institution Press, Washington and London.
- DILLEHAY, T. 1972. The absence and presence of bison on the Great Plains in prehistoric and historic times: A faunal analysis of bison remains from archaeological sites on the Southern Plains. MA at University of Texas at Austin.
- 1989. Preface. En: *Monte Verde: A Late Pleistocene settlement in Chile*, T. Dillehay (Ed.) Vol. I, xix-xx. Smithsonian Institution Press, Washington and London.
- 1997a. Site findings: Activity patterning of the archaeological remains. En: *Monte Verde: A Late Pleistocene settlement in Chile*, T. Dillehay (Ed.) Vol. 2: 767-787. Smithsonian Institution Press, Washington and London.
- 1997b. Interpretations of the MV-II Component: Occupation, technology, economy and social organization. En: *Monte Verde: A Late Pleistocene settlement in Chile*, T. Dillehay (Ed.) Vol. 2: 789-811. Smithsonian Institution Press, Washington and London.
- DILLEHAY, T. y M. PINO, 1986. Monte Verde: An Early Man site in South-Central Chile. En: *Andean archaeology. Papers in memory of Clifford Evans*, R. Matos, S. Turpin y H. Eling (Eds.), Monograph XXVII: 1-17, Institute of Archaeology, University of California.
- HEUSSER, C. J. 1990. Ice Age vegetation and climate of subtropical Chile. *Paleogeography, Paleoclimatology, Paleoecology* 80: 107-127.
- LYNCH, T. 1990. Glacial Age Man in South America. A critical review. *American Antiquity* 55: 12-36.
- MELTZER, D. K.; G. GRAYSON, G. ARDILA, A. W. BARKER, D. F. DINCAUZE, C. W. HASYNES, F. MENA, L. NUÑEZ y D. J. STANFORD, 1997. On the Pleistocene antiquity of Monte Verde, Chile. *American Antiquity* 62: 659-663.
- MERCER, J. H. 1972. Chilean glacial chronology 20,000 to 11,000 C14 years ago. *Science* 176: 1118-1120.
- NUÑEZ, L. y F. MENA, 1997. El caso Monte Verde: ¿Hacia un veredicto final? *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 24: 38-44, Santiago.
- PORTER, S. C. 1981. Pleistocene glaciation in the southern lake district of Chile. *Quaternary Research* 16: 263-292.
- SHIPMAN, P. 1997. Cut marks and other features on selected bone specimens. En: *Monte Verde: A Late Pleistocene settlement in Chile*, T. Dillehay (Ed.) Vol. 2: 759-765. Smithsonian Institution Press, Washington and London.